RECONOCIMIENTO A UN GRAN EMPRESARIO

Irma Collín





A la izquierda, Francisco Rodríguez pronuncia su discurso tras recibir la encomienda de número de la Orden del Mérito Civil, en presencia de Adrián Barbón, Javier Fernández y Pedro de Silva, sentados en las primeras filas. A la derecha, María Antonia Fernández Felgueroso, Juan Cofiño, Alfredo Canteli y Ana Isabel Fernández, en primera fila. Detrás, Amelia Valcárcel, Isidro Fernández Rozada, Jesús Sanz Montes, Ángeles Rivero y Alberto González.

«La lealtad del asturiano es su mejor virtud», dice Francisco Rodríguez

El presidente de Ilas-Reny Picot recibió la Orden del Mérito Civil en un acto en el que Barbón destacó su compromiso en Asturias

ALICIA GARCÍA-OVIES
Oviedo

A sus casi 90 años, el empresario Francisco Rodríguez, presidente de Industrias Lácteas Asturianas (Ilas-Reny Picot), mantiene vivo el espíritu emprendedor que le llevó a convertir una compañía del Occidente asturiano en un referente internacional del sector lácteo. Con motivo de la concesión de la encomienda de número de la Orden del Mérito Civil, otorgada por Felipe VI, el cangués se comprometió a «mantener el crecimiento» de la empresa y a «estar al día», «cuidando para ello el sentido del olfato».

«Necesitamos mejorar nuestras tecnologías, pero no tirándolas por la ventana porque no sean del todo nuevas. Necesitamos inventar nosotros», afirmó. Aunque reconoció que para ello se necesita «dinero». «Porque tiene razón Napoleón cuando decía aquello de que las guerras se ganaban con dinero, dinero y más dinero. Y de ahí que ocurra lo mismo en esta guerra 'sui generis' llamada mercado», apun-

Discurso íntegro del presidente de Ilas-Reny Picot

El futuro es siempre un regalo

FRANCISCO RODRÍGUEZ

Os confieso, en medio de una inevitable emoción, que estoy tal vez ante uno de los actos que mayor significado han tenido para mí a lo largo de mi vida profesional. Entre otras cosas, porque el tiempo vuela cada vez más deprisa y yo llevo ya muchos años volando también al son que tocan. Lo que quiere decir que el tiempo y las personas volamos a la vez, confundidos en eso que se llama vivir. Esto es, vamos siempre juntos entre la física y la metafísica, tratando de dibujar metáforas que nos aclaren lo más posible a los hombres qué cosa somos en la realidad que nos es dada al nacer, y en la que nos afanamos, buscando modelarla a nuestro gusto en el insignificante rincón donde nos creemos necesarios. Y todo para descubrir al fin que lo único importante, lo que verdaderamente valió la pena, fue querer a la gente y ser correspondidos. Lo que equivale a decir que sólo la amistad valió por sí misma. La amistad como forma de valor espiritual, una vez dejada a un lado la máscara que describe magistralmente Ernesto Sábato desde su Buenos Aires querido.

Ya sé que es de buena educación dar las gracias. Y, por ello, no quiero dejar este momento, queridos Presidentes del Principado de Asturias que me habéis propuesto para recibir el honor al que estoy honrando en este acto, sin reflejar la felicidad que siento al recibir una medalla que, con toda seguridad, otros merecen más que yo, como es la del Mérito Social, y por lo que tiene además de reflejo de lo que dio de sí una relación esencialmente reconfortante, en la que nunca dejé de percibir en cada uno de vosotros la mano tendida. Y por eso es seguro que el desarrollo de mi trabajo en Asturias, a lo largo de varias décadas, no ha sido nunca ajeno al viento favorable que he sentido siempre a la hora de recorrer el camino. Y eso sí que requiere también hoy, inspirándome desde luego en los benéficos aires que me llegan desde Leitariegos, que os diga gracias. Gracias muy de veras. Gracias a los que hoy estáis aquí y gracias a los que desafortunadamente nos dejaron tiempo atrás y que estoy seguro de que me están oyendo de la manera en que se oyen estas cosas, que pertenecen al alma y que, por lo tanto, siguen vivas.

Y tras estas palabras, que desde luego tienen su origen en un alma para nada entristecida como es la mía, quisiera abrir ahora una ventana simbólica para hablar un poco del pasado y otro poco del futuro. Y también, desde luego, para que me oigan en el campo, al que sin lugar a dudas me debo. Y por eso, dejando aparte las sutilezas del lenguaje a la hora de aparecer en actos tan gratos como lo es éste para mí, quisiera decir eso de «puedo prometer y prometo». Y puedo hacerlo porque, para ser francos, estoy acostumbrado a que decir, lo que se dice decir, sea casi siempre lo mismo que repetir. Repetir que una empresa necesita trabajar también para sí misma. Necesita, sin duda, llevar a «reservas contables» las «proteínas económicas» precisas para no desfallecer en el camino; un camino en el que en cada recodo aparece una necesidad nueva, una exigencia imperativa; un camino en el que el verdadero sueño, que es la vida, se produce cuando estamos despiertos; un camino en el que la bicicleta en que los empresarios vamos se cae en cuanto dejamos de dar pedales.

Prometo, desde luego, que vamos a emplear todas nuestras fuerzas en mantener el crecimiento, para lo cual nuestra empresa habrá de continuar nutriéndose, como lo ha hecho hasta ahora, con buena parte de lo que ella misma produce, que suele ser a menudo menos de lo que necesita, si se quiere mantener el ritmo que imponen las circunstancias.

Prometo, claro está, procurar estar al día, cuidando para ello el sentido del olfato, tal vez el más importante, porque no suele estar en los libros de texto. La vista puede engañarnos, pero el olfato no, aunque tan peligroso es lo bueno como lo malo en materia de olores. ¿Y qué cosa olfateo hoy? Pues... olfateo que necesitamos me-